

Alarcos y La literatura del siglo xx

JOSÉ CARLOS MAINER
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Emilio Alarcos Llorach llegó a Oviedo en enero de 1951 y nunca buscó otro acomodo académico que alguien consideraría de más relumbrón. Para entonces ya tenía muy clara su línea de trabajo: en 1950 había publicado su *Fonología española* y el año de 1951 dio a conocer su *Gramática estructural*, los dos pilares de la nueva lingüística entre nosotros que, muchos años después, en 1993, le granjeó el éxito de su *Gramática española*, un trabajo que trascendió las dimensiones de la lectura académica.

Su paso por las aulas ovetenses dejó huella desde los primeros días... Ya en 1952 José María Martínez Cachero y él comprometieron a la Universidad en una celebración del centenario de Clarín que tuvo mucho de desagravio. A ambos se debió también la fundación y el diseño de la revista *Archivum* que contribuyó con un número monográfico a los fastos clarinianos. No iba a ser una revista filológica más y pronto reincidió en las osadías: en 1954 otra entrega de la publicación homenajeaba a Amado Alonso, el gran filólogo español doblemente exiliado, primero por la España de Franco y después por la Argentina de Perón. Sólo la revista *Clavileño*, impulsada por el equipo de Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación, hizo lo mismo. Y es que la climatología del momento parecía algo más bonancible de lo ordinario, aunque el espejismo duró poco... A favor de ese

optimismo, el rectorado ovetense encargó a Emilio Alarcos la lección solemne de apertura del curso académico de 1955. La dedicó a Blas de Otero de quien acababa de leer, todavía en pruebas de imprenta, el libro *Pido la paz y la palabra*. Seguramente era demasiado atrevimiento... Cuando menos, lo fue para Rafael Benítez Claros, miembro del Opus Dei, quien desde 1953 era su compañero de claustro y que en las páginas de *La Nueva España* clamó contra “aquellos pocos cobardes pero peor intencionados [...] que se entusiasman alabando en Otero, en César Vallejo o en Pablo Neruda, aquellas ideas que por sí no son capaces de expresar”.

Pero Alarcos sí era capaz y lo hizo manifiesto muy pronto. En 1958, en la acogedora revista *Ínsula* de José Luis Cano y Enrique Canito, tan distinta de la hoy, publicaba su artículo “*Hijos de la ira en 1944*” para evocar precisamente lo que muchos supieron leer en los versos de Dámaso Alonso: “Había llegado la hora adecuada para que el tono de la poesía de Dámaso resonase en amplias zonas armónicas [...] y todos descubren que ya en sus almas estaba vivo lo que aportan las oleadas furiosas de *Hijos de la ira*”.

Tal frecuentación de las letras contemporáneas en su dimensión más movilizadora, más política y más irreverente no era la actitud más común en los claustros de aquellos días. Emilio Alarcos la practicó no mucho después en un luminoso ensayo de título revelador, “Sobre Unamuno o cómo “no” debe interpretarse la obra literaria” (*Archivum*, 1964) donde afirmaba con alarma que en los estudios unamunianos “el primer plano lo ocupa el hombre y no la obra” y que, a mayor abundamiento, “el crítico suele sondear sus propias vivencias” y preferencias para hacerse un Unamuno personal, sin advertir que el torcedor del escritor es “una tensión constante entre la persona y el ser”, que hace que “Unamuno se plantee la sinceridad consigo mismo [...] . Consciente de lo que quería ser, temía estar escapando de su oculta intimidad, de su verdadero ser”. Se han escrito sobre don Miguel pocas cosas tan certeras como estas...

La presencia activa de Alarcos en el debate de la literatura contemporánea fue ya constante. Muy tempranamente había puesto de relieve la complejidad de Clarín en unas certeras “Notas sobre *La Regenta*” (*Archivum*, 1952) donde analizó “la más novela de España después de que Cervantes nos dejó su *Don Quijote*”. Allí analizó la estructura de la obra y, como remate, ofreció una interpretación inolvidable del personaje de Frígilis. Cuando en 1973 ingresó en la Real Academia Española decidió dedicar su discurso a otra obra contemporánea, la trilogía barrojana *La lucha por la vida*, y nos dejó un estudio fundamental. Tampoco olvidó nunca la poesía lírica... Del “grupo poético del 27” (como él gustaba llamarlo), su predilecto fue siempre Jorge Guillén. De sus contemporáneos, ya hemos señalado a Ángel González y Blas de Otero (sobre los que escribió sendos libros en 1969 y 1973), sin olvidar a José Hierro...

Su amigo y poeta de cabecera Ángel González prologó en 2006 los versos de Alarcos, un notable *Mester de poesía* que mantuvo secreto desde 1949 porque fue -en la definición de González- “poeta bajo palabra de prosa”. Supimos por sus poemas de momentos de rebeldía y desaliento pero también de humor cáustico, de un fértil diálogo con la naturaleza pero también con la soledad o con el recuerdo. Siempre le asistió un agudo sentido del humor y hasta un gusto por la facecia que no todos conocían. Detestaba la solemnidad, que siempre es prescindible, y le divertía la sorpresa.

Mal le conocían quienes se asombraron al saber que en 1989 aceptó el encargo de impartir la lección inaugural en un *Encuentro sobre la copla española*, celebrado en Ciudad Real. Dedicó su intervención a “Tatuaje” (la inmortal copla de León, Valerio y Quiroga) y habló un poco de sí mismo: de su infancia, claro, pero también para presentarse -en una finta divertida- como un “poeta de la generación de la *Antología consultada*, si bien no incluido en ella por permanecer inédito”. Fiel a su estilo, mezcló el buen humor y la solvencia científica para analizar la versificación, los ecos internos del texto, el vocabulario y su fonética peculiar, y

en fin, volvió sobre “lo que no nos es ajeno y que hace vibrar en nuestros más escondidos y pudorosos entresijos, la fibra, a veces vergonzante, del sentimiento”.

De eso mismo hablamos en este recuerdo del maestro Alarcos: de trabajo bien hecho y de sentimientos muy vivos.